

DE PROMESAS, GRUPOS Y VIAJES PERSONALES

(perspectivas para un trabajo con profesores,
después de la formación)

Aunque peque de exceso de simplismo, me parece que todos los profesores de taichi –y esto seguramente es extensible a los que *profesan* otras muchas cosas- nos manejamos en unas situaciones determinadas por tres aspectos: una *promesa* articulada alrededor de nuestras propias fantasías, aspiraciones o ideales; una experiencia práctica de actualización de tales aspiraciones con los alumnos a los que enseñamos; y por último, un pasaje particular propio de nuestra recorrido existencial. Vayamos por partes:

1. PROMESAS DE INVULNERABILIDAD

En este escrito, me extenderé sobre todo con este aspecto porque cada vez doy más importancia a la promesa implícita o explícita en mis propias propuestas y en las de los demás (recordáis el estribillo de la formación de profesores: “asumir las propias expectativas”). Aunque no seamos conscientes o el pudor se imponga a la hora de expresar *de qué se trata* en lo que nos traemos entre manos, estoy convencido de que éste es el elemento articulador fundamental de nuestros proyectos. Y que ninguna profundidad es posible (ninguna *iluminación* en el sentido que más abajo daré a este término) si no estamos dispuestos a ir descubriendo y asumiendo –o cuestionando- sus mecanismos de gratificación u ocultación, con la posible complejidad y crítica permanente a que nos puede abocar tal actitud.

Entre los profesionales del taichi –y actividades afines- las promesas que alentamos se alojan fundamentalmente en el ámbito del Poder. Y no sólo en aquellos que ponen especial

énfasis en los aspectos marciales y se los toman verdaderamente en serio¹.

Nadie que se precie en el taichi se libra de la tentación de alentar alguna fantasía de invulnerabilidad ante una posible agresión –por el dominio en habilidades “tan eficaces como sutiles”, para eso se trata de un “arte marcial interno”-. Pero dejando a un lado lo físico, son cada vez más frecuentes los alardes de una invulnerabilidad psíquica aún más pretenciosa: nuestro conocimiento del “equilibrio de las energías”, los “elementos”, “el desarrollo de una conciencia sutil”... En el caso de que perviva la ingenuidad, y no la mala fe, la creencia en esta posibilidad de invulnerabilidad psíquica es la que convence a los profesionales del taichi de que basta con que cultiven sus técnicas diligentemente para que no necesiten de nada más (en el terreno emocional o mental). Para terapeutas o analistas, nosotros nos bastamos y sobramos, y no nos cortamos en analizar, dar consejos o señalar el camino a los demás, como buenos “maestros del yin y del yang”.

Con la práctica –o la pertenencia a este club, seamos realistas- también pretendemos hacernos invulnerables a la enfermedad física, al dolor y a la decadencia del envejecimiento. Ahí podemos echar mano de secretos alquímicos, del taoísmo sexual o de algún *nei dan verdadero*. Cuando se habla de “enfoque marcial” y “enfoque para la salud”, se indica que las prioridades -pero sobre todo las expectativas- están puestas en uno u otro aspecto de esta suerte de promesas.

¹ No conviene olvidar que hay quien acentúa la marcialidad sólo para alimentar recursos de seducción, no porque realmente esté interesado en realizar una investigación de lo que implica tal marcialidad, tanto individualmente como con sus alumnos, con los precios que haya que pagar por ello. Estamos en un punto en el que, incluso sin la mínima experiencia marcial, nos permitimos tales fantasías –si no para ahora, para algún futuro... esa imagen del maestro en su silla de ruedas eludiendo a todos los que parece que intentan empujarle, etc.-.

2. FLUIDEZ Y ECONOMÍA ENERGÉTICAS COMO FUENTES DE PODER

En este sentido, merece la pena detenerse en la imagen más recurrente que utilizamos para inspirar nuestros ensayos. Lo mismo cuando estamos ejercitándonos en una técnica marcial con contacto que en una *forma* a solas, solemos asociar el éxito del ejercicio –su eficacia- a la impresión de que no hay obstáculos en la percepción del movimiento y el resto de las sensaciones (la respiración, la elasticidad, la concentración en lo que hacemos...). Si trabajamos con un compañero, todo eso ha de sintonizar en el intercambio que se produce.

Si nuestro ejercicio está conducido “hacia la salud” o el bienestar (esto es, no nos preocupa la posible utilidad marcial, o el logro de alguna destreza), procurando adaptarnos lo más agradablemente posible a un movimiento o postura, la idea de lo que pretendemos sigue siendo la misma. *Fluidez* sería la palabra que mejor la expresa.

La imagen que asociamos a esta búsqueda de la fluidez, alentada por las principales metáforas *taoístas* (“nada hay más suave que el agua, pero vence a lo más duro...”, etc.), es una imagen hidráulica, líquida: acumulación de fluido y reserva, canalización y focalización, uso eficaz, economía... La sequedad o el atasco –expresado en rigidez, bloqueo, etc.- serían lo contrario, lo que intentamos evitar. Unas imágenes que no son más que imágenes de poder, sin que esto tenga por qué tener una connotación peyorativa: el poder ligado a la vitalidad, a la economía, al uso oportuno de la fuerza o la energía, etc.

Resulta difícil continuar profundizando en esta cuestión –no quedarnos ante un simple *¿y qué?*- sin relacionar estas imágenes con aquella aspiración de invulnerabilidad. Y a ésta última con aspiraciones liberadoras que todos alimentamos secreta o explícitamente.

3. LOS GRANDES PROYECTOS LIBERADORES: *PONERSE A SALVO, SER REDIMIDOS, DESPERTAR*

Dar este salto, hablando de las grandes ideas de *salvación, redención e iluminación*, puede resultar desmedido en nuestro contexto, pero ¿cómo explicar tanto esfuerzo, tanta insistencia en los que sostienen que lo que proponen encierra una vía –un “camino de conocimiento”, un *tao/do-*, sin deslizarnos hacia estos territorios? No sólo no está de más, me parece imprescindible a partir de un punto el serio intento de traducción de estas promesas –aquellas pretensiones de invulnerabilidad– en los términos metafísicos o religiosos tradicionales.

Lo que sigue no son más que algunas indicaciones en este sentido, asociadas a las tres grandes “ideas liberadoras”:

Percibo la carrera tras una promesa de la salvación en la aspiración de los que se entregan con gran esfuerzo a “recorrer un camino iniciático” que conduce a alguna “fuente del verdadero conocimiento”: “Si lo haces, estarás a salvo de lo que hoy te atenaza”, reza siempre –y también aquí– la promesa. Y he colocado en primer lugar esta promesa / búsqueda de *salvación*, porque es la que me parece más cercana a las imágenes y aspiraciones que mencionaba más arriba.

¿Quiénes serían los maestros de estos caminos? “*Salvadores* son intermediarios, abridores de puertas, guías de paso a un buen fin. En la ecología del espíritu, aparecen las figuras de los salvadores cuando los miembros de culturas evolutivamente arriesgadas que han partido a la aventura de la inspiración entran, masivamente, en crisis existencial y psicológica...”².

² Y continúa: “la idea de la mera salvación es la *sombra* de una historia universal de la desesperación... los salvadores tienen que ver, en sí mismos y con los demás, con hombres que tienen el agua al cuello... Las

(No deberíamos olvidar que nuestra civilización está dominada, más que por ningún otro, por el mito del progreso³).

[Hay una segunda promesa asociada a la búsqueda de la redención con profundas raíces en el sentimiento de culpa. Este sentimiento parece haber sido tan poderoso, que cualquier cálculo de lo que uno podría hacer para liberarse de él resulta ridículo: “sólo el sacrificio de Dios puede con el pecado del mundo y con el de cada uno de los humanos”, -esa idea cristiana contra la que muchos nos hemos sublevado para crear a menudo mitologías sustitutorias-. Lo menciono aquí, entre paréntesis, para recordar algo que, a mi parecer, solemos descartar con excesiva frivolidad, a la hora de alentar nuestras propias expectativas, con el peligro de que resulten apenas ligeras sustituciones de estos sentimientos tan arraigados en nuestros mayores-].

Mucho más cerca de nuestras pretensiones estaría una aspiración a despertar. La llamemos “desarrollo del potencial humano”, o “búsqueda de iluminación”, tomando prestado el término de la tradición budista.

religiones salvadoras quieren liberar, contra la desesperación manifiesta y cruelmente coherente que ve fluir todo hacia un mal fin... El salvador es aquél que consigue desarraigarme de mi experiencia; aquel que logra desligarme de mi desesperación coherente... con la vista puesta en el salvador, no llegaría yo, por mi parte a conocer ningún otro fin que no fuera uno bueno... Salvación es el alivio que se produce cuando se dispone de una técnica para salirse de círculos viciosos”. P. Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*. Pre-textos, 1998.

³ “La modernidad se ha implicado en estrategias terapéuticas para terminar con el inconveniente al que aludía la vieja nostalgia de salvación. Se ve que la política de reforma, la técnica y la clínica -las tres campañas contra los males- se basan en una teoría implícita del acabar. Sin semejante teoría no podría haber ninguna praxis de reforma porque ésta sólo es posible desde la base de la fe en que los males son abreviables mientras lo bueno tiende a la longevidad”. P. Sloterdijk, op.cit.

Si *ponerse a salvo* requiere una entrega heroica, y la *redención* una entrega incondicional a lo Otro –ésta de la que los santos darían testimonio-, esta tercera promesa excluye ambos modelos para situarse en una condición radicalmente negativa: asunción implacable de lo dado en un marco ético de máxima exigencia. Renuncia tanto a la salvación -no sólo a los obstáculos para lograrla- como a cualquier pretensión redentora; pero, ante todo, a la propia pretensión de iluminación como resultado de lógicas de esfuerzo o mérito⁴.

Pero lo cierto es que para la mayoría de los simpatizantes de técnicas orientales, la idea de iluminación funciona como una versión menor de las pretensiones salvadoras, excluyendo de éstas sus rasgos heroicos y de renuncia. Por eso la práctica de la meditación, lejos de expresar el cultivo radical de esta cualidad negativa –de aspiraciones, pretensiones o promesas- se convierte en técnica terapéutica sin claros perfiles y asumible por cualquier expectativa⁵.

Ya que estamos señalando las grandes matrices de trascendencia, y éstas pretenden siempre responder a la pregunta por la muerte –en su conciencia o realidad

⁴ He tratado este asunto en *Un retiro de meditación*, llevando lo que podía ser una abstrusa reflexión teórica al único terreno donde puede avanzarse en su comprensión: *un programa para el despertar* (ver http://www.taichichuaneskola.com/pdf/un_retiro_de_meditacion.pdf) Continuando con la cita de Sloterdijk: “Huida del mundo y adicción de iluminación son estados mundanos por completo, motivados por experiencias de la historia casuista. Estas motivaciones han de ser reducidas a cenizas o neutralizadas antes de que pueda surgir un estado de sublime ausencia de mundo sin huida ni adicción”. *Extrañamiento...*

⁵ Aunque esta negatividad radical –en las antípodas de cualquier nihilismo- sería la realización coherente de los ideales de la modernidad, ésta se nos manifiesta con actitudes más bien intrascendentes: “A quien se le figura posible algo parecido a iluminación es que aún vive, al menos según el calendario interior, en una edad antigua. Los modernos han suprimido la expresión de su tesoro de la lengua sin mayor sentimiento –para ellos, iluminación no es una realidad ni un valor hacederos-”. *Extrañamiento...*

insoponible-, no estará de más indicar algo sobre la forma en que estas tres matrices tratan con ella. Tengo la impresión de que los modelos salvíficos se sustentan en una negación de la muerte: “algo o alguien nos colocará *al otro lado* y la muerte ya no existirá”. En los redentores, la muerte es el verdadero polo de atracción –el único pago a la medida del sentimiento de culpa-: deseamos morir para que se produzca finalmente la liberación en otra, o en *la otra vida*. Las vías iluminadoras pretenden atravesar en vida la realidad de la muerte. “Morir en cada instante” sería su programa radical. Por eso finalmente, los tres enfoques resultan en su raíz incompatibles pues necesitan cultivar actitudes que desalientan o restan poder a las otras dos⁶.

4. ENSEÑAR A OTROS

Todo lo referente a la gestión de las *promesas* queda condicionado por algo que no deberíamos pasar por alto: el hecho de que solemos tender a realizarla en marcos grupales. El grupo donde nos ejercitamos nos saca de nuestra vida ordinaria –de hecho, cuando acudimos a él lo hicimos en búsqueda de *otra cosa*-. Y los que dimos el salto de fomentar y sostener esas prácticas grupales convertidos en profesores, lo hicimos mucho antes de haber madurado todo esto (esto es, de haber reconocido la naturaleza de nuestras expectativas o fantasías). El resultado inevitable de esta precipitación es que convertimos al grupo al que enseñamos en un soporte más de las mismas, cuando no en el soporte principal (no hay que infravalorar la importancia que tiene el hecho de que podamos vivir de ello con un sueldo que

⁶ Quizá sería más ajustado decir que ya que comprender las implicaciones de las propuestas de iluminación exige la renuncia a cualquier forma de salvación o redención, aquella será siempre vista por los sacerdotes de las religiones salvadoras o redentoras como la peor de las amenazas. Cuando se promueven “budismos cristianos” o “meditaciones terapéuticas” no se ha comprendido aún el alcance de estos asuntos.

consideramos digno, además del resto de las compensaciones de autoafirmación y afecto, fundamentales en la enseñanza de estas actividades). Lo que pueda ser de algún provecho para otros queda así mezclado –confundido, *contaminado*...- por lo que hacemos en provecho propio⁷.

Si nos colocamos en esta perspectiva, tenemos que considerar la intervención de factores que, en caso contrario, no tendríamos en cuenta: condiciones materiales, sociales o personales que determinan el carácter del profesor y sus posibilidades de éxito. No era lo mismo proponer unas clases de taichi hace 20 años que ahora. Importan los avales de destrezas demostrables, exhibibles o al menos seductoramente utilizables; las garantías de pertenencia a alguna escuela, linaje, maestro o parentesco. La propia imagen, la forma de valerse de los mejores recursos propios (físicos, expresivos, verbales, etc.). Es diferente ser hombre o mujer, así como la edad y la trayectoria profesional anterior. También es distinto tener un grupo donde, por ejemplo, dominan los hombres jóvenes (con demanda de contacto marcial intenso, de trabajo físico, con retos o desafíos permanentes en estos ámbitos), a un grupo de mujeres no tan jóvenes donde las necesidades se dirigen más a la interiorización y otras formas de contacto. Así podríamos continuar desde los niños hasta los ancianos; aquellos cuya demanda viene de ámbitos pedagógicos -porque están en época de estudios- o sanitarios -“me ha mandado el médico” o “me lo han aconsejado contra el estrés”-, etc. etc. De forma bastante superficial, solemos plantearlo así: “aquí está lo que quiero ofrecer, y ahí las condiciones y necesidades del grupo; intentaré hacerlo lo mejor posible...”. Pero, para variar, las cosas no son tan simples, y la misma promesa que manejamos

⁷ Se entiende que no estoy hablando aquí de la legitimidad de estos intercambios –eso es una cuestión que se resuelve según parámetros sociales o “leyes del mercado”, y con la habilidad que tengamos para aplicarlas en nuestro propio contexto-. Estoy tratando de apreciar lo que pueda ser útil, funcional, en un plano de Verdad.

y la forma en que estamos identificados con ella determinarán lo que nos ocurre en estos intercambios.

Debemos contar con el principio de que uno atrae a los alumnos que van a confirmar sus propias expectativas. Sólo cuando se ha madurado mucho en los tres ámbitos que estamos considerando podríamos contar con la hipótesis de que uno construye realmente el marco y las condiciones de trabajo que ha decidido realizar sin estar determinado –sólo condicionado- por estos aspectos. Como no suele ser el caso, hay que aceptar como buena la hipótesis anterior. Y aún más: no es infrecuente que la dinámica generada con los alumnos sustituya y configure el *ámbito de la promesa*. Algunos indicadores: “ya no necesito practicar a solas, lo que hago con los alumnos es mi práctica”; o “ya no necesito preguntarme por mis expectativas, los alumnos me confirman y alientan en lo magnífico de mi aportación” –aunque nunca nos preocupemos en exceso en determinar en qué consiste; de hecho cierta ambigüedad suele ser condición fundamental de tal posición-.

Cuando un profesor reduce sus propuestas al mercado o es el *seductor seducido* por sus propios alumnos, entonces las cosas se reducen –se plantean o resuelven fundamentalmente- en el ámbito de la pertenencia, en ese intercambio que es propio de cualquier relación comercial o social ordinaria. Las promesas más o menos implícitas de salvación, redención e iluminación, vividas en este caso con baja intensidad, sin excesivas exigencias, generan sus propias dinámicas grupales de pertenencia. Lo propio es que un profesor de taichi se convierta entonces en un animador de tiempo libre –tan digno como tantos otros-, en un profesor de gimnasia exótica, en una figura de consuelo terapéutico, en un amigo... (y todo esto podría resultar magnífico, a condición que sea asumido en sus términos reales).

5. EL PROPIO VIAJE

No insistiré más en que la trama en la que nos hallamos inmersos cuando como practicantes más o menos expertos nos dedicamos a enseñar -incluso como profesionales-, no puede separarse de la promesa en la que nos hemos establecido. Pero tanto la promesa a la que nos remitimos como el tipo de vínculos grupales que buscamos o fomentamos se encuentran ubicados en una historia personal. O, en cada momento, en una peripecia particular de esa historia, de ese viaje personal que es nuestra vida en particular⁸. Nuestra propia biografía nos ofrece las pistas necesarias para tomar en consideración a la hora de comprender las razones que nos han traído al lugar que ocupamos (nuestro lugar en la familia y su origen social y de clase; nuestra relación con los estudios y la capacitación profesional; nuestra atracción por un tipo de actividades -físicas, intelectuales, religiosas...-; la elección de un tipo de ambientes o referentes, etc. Y todo esto en nuestras particulares circunstancias generacionales).

No insistiré más en algo que no me parece complicado reconocer. Si lo he traído aquí -como el tercer elemento, junto a la promesa y lo grupal-, es porque a veces queda inadvertido cuando “pensamos” o teorizamos sobre estos asuntos. No tanto cuando, en privado o en ambientes de la mayor confianza, damos cuenta de nuestros deseos, necesidades o aspiraciones actuales.

6. ÚLTIMOS APUNTES SOBRE FORMACIÓN Y SUPERVISIÓN, O EL FRACASO COMO EXPRESIÓN DE ÉXITO

Habrà quien piense que todas estas consideraciones son poco menos que divagaciones ociosas. Asuntos nada prácticos o, - desde el otro extremo- cuestiones que debieran estar

⁸ El *recurso escaso* que menciono a veces en el libro atraviesa estos asuntos.

despejadas y resueltas antes de comenzar un verdadero “camino de conocimiento”. Lo curioso –y paradójico- suele ser que es uno mismo quien “decide” cuándo es el momento de emprender tal camino, en qué condiciones y, por consiguiente, cuándo los obstáculos previos han sido despejados. Y digo paradójico porque, de alguna manera, eso resulta inevitable. Pero debemos comprender que, en su inevitabilidad, estamos refiriéndonos a los obstáculos que terminan cerrando la puerta a cualquier *camino*. Lo paradójico –y lo que exige las mayores dosis de humildad y coraje- es la comprensión, cada vez más sutil y cargada de implicaciones, de la naturaleza de las condiciones y las variables que nos configuran y nos protegen. Estas condiciones que nos afirman y confirman permanentemente en nuestras “elecciones”. Las mismas inevitables condiciones que imposibilitan por su propia naturaleza liberarnos del círculo que –con todas nuestras fuerzas- tratamos de romper o superar.

Lo primero que debe reconocer cualquiera que se sumerja en pretensiones de *camino*, es que apenas conoce en base a qué principios se mueve su aspiración más profunda. Todos fantaseamos con promesas salvadoras –sustitutivas a menudo de ideas de redención rechazadas, pero no por ello latentemente poderosas- o ensueños de iluminación asociados a técnicas o pertenencias. Y un esfuerzo aquí es exitoso si otorga claridad a estos términos.

Por eso, el concepto clave en cualquier proceso de madurez humana es el de *renuncia*. Un buscador debería ser, ante todo, un *renunciante*. Pero no tanto de los bienes o placeres materiales, del éxito, la fama o demás cosas tan de fáciles de señalar. Uno debería renunciar a la pretensión de quien *sabe* y, coherentemente, al control sobre el sujeto de sus elecciones y de las condiciones en que éstas se deben dilucidar. Como mucho, uno es el administrador de unas circunstancias –no su *dueño*, lo mismo que nadie es dueño de su propia vida, menos aún de sus propiedades materiales, de su edad, belleza o

inteligencia, de sus ideales...-. Un dueño es soberano y, a diferencia de un administrador, no rinde cuentas a nadie (la parábola cristiana de los talentos coincide aquí con la fórmula marxiana: “a cada uno según sus necesidades, cada uno según sus posibilidades”).

Juan Gorostidi, febrero de 2009